

tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas. Cásese, que todos la bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos.

Él, que vió que andaba ya de capa caída, dijo:

—Una por una, yo me casaré, mas luégo roeré el lazo; y otras mil patochadas.

Casóse; y aunque la boda se hizo á somormujo, todos se repapilaron. El padre le dió una linda tragantona con el dote; encajóle todos cuantos cachivaches tenía en casa; y si se quejaba, decía que hablaba adefesios, que no se gobernase por su caletre, que se quedaría in puribus, y que era un maniaco. Y aunque calló entonces, después lloraba los kiries, y propuso de hablarle papo á papo, porque otra vez no se le subiese á las barbas. Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba hecho un bausán. Estaba en cuclillas detrás de la puerta la recién casada, oyendo al muchacho con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. Él, por lo que podía suceder, venía hecho un reloj. La mujercilla estaba de veinticinco alfileres, y le dijo para qué se metía de gorra:

—Déjense de filaterías, que una por una ya están casados—dijo el licenciado;—y si hablamos más, nos echará el gato á las barbas, y volveremos las nueces al cántaro.

—Libertad me fecit—dijo el hermanillo.

Y con esto se fueron todos á la deshilada, con muy grandes cogijos, sin respetar al coramvobis del padre, que daba gracias á Dios de ver acabada tan grande carambola.

FIN DEL CUENTO DE CUENTOS

CASA DE LOS

LOCOS DE AMOR

A D. LORENZO VANDER-HAMMEN Y LEÓN

VICARIO DE JÚBILIS

UNA mañana de las de Enero, señor don Lorenzo, que el frío y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, y allí entre las sábanas solo consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento) me hallé tan lejos de mí, como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea de la locura de amor; parecióme oír aquel verso, que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah Corydon, Corydon! quæ te dementia cepit?

Y sin ver por dónde fui llevado, me hallé en un prado, más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en flores de los jardines y en las vegas, sin ser Lope, pasan á las Indias por tesoros, con que, según piensan, enriquecen sin ser Enriquez, sus pobres papeles, ya que no pueden á sí mismos, ni á sus damas. Allí ví dos claros arroyuelos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro mormurio, y sin mormurar, que eran arroyos muy comedidos; lisonjeaban los oídos de los que por su

ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba Amor el oro de sus flechas, según colegí de los oficiales, ministros suyos, que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre, y ya quería buscar aquella memorable colmena, de donde salió la abeja, que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasión á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Policiano en su historia.

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio con una gran portada de fábrica dórica, y de excelente artificio, labrada en los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, chapiteles, architraves, frisos y demás partes de que se componía la fachada. Estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos, hacían historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veían con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
do al que más sabe de amar
se le da el mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía, la hacían vistosa mucho; y era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos. Hacía oficio de portero una mujer de rara hermosura. Su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosisimas telas y joyas: tal al fin era toda, que obligaba á amor y respeto; que mujer pobremente vestida es como moneda falsa, que no pasa si no es de noche; y como la espada, que sólo desnuda puede matar.

Su nombre decía que era Belleza. Á ninguno negaba el paso, ni le pedía ninguno más licencia, que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia, me entré también al primer patio, donde

hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que antes fueron (y á mí con ellos), que apenas unos á otros se conocían: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensativos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Dijolo Ovidio en su *Arte Amandi*:

Palleat omnis amans; color est hic aptus amanti,

Y Horacio, Oda 10, lib. 3:

Ne tinctus viola pallor amantium.

Y el Camoes, en el Canto 9 de sus *Lusiadas*:

As viólas da cor dos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores, ni respeto á los parientes. Las primeras se hacían terceras, las criadas señoras, y las señoras criadas. Casadas vi amigas del más amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres.

Esto estaba yo contemplando, cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganará por la mano, me resolví primero á preguntarle yo quién era, y qué hacía allí. Á ambas cosas me respondió así:

— Mi nombre es Zelos; y muy bien me conocéis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no curarlos; que antes suelo acrecentarlos el mal, y como cuchilladas de vestidos, que descubren el aforro del honor, no sin infamia de muchos. Si queréis saber las más de las cosas de esta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea

muy aprieta, es el administrador: él os informará largamente de todo lo que quisiéredes.

Con esto me dejó; y sin detenerme, llegué al viejo con su barba tan larga, que podía servir de limpiadera; andaba por allí hisopeando con la cabeza, como si fuera clérigo que dice responsos. Conocí ser el Tiempo; pedíle con la debida cortesía (que es la cosa que vence dejándose vencer) me mostrase los cuartos de aquel palacio, que quería como forastero ver algunos locos, mis compañeros. Mas porque, según me dijo, andaba curando los enfermos, que, como dicen, el tiempo todo lo cura, desde donde estaba me los mostró, me dió licencia, y me dejó ir solo.

Y apenas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas:

—¿Doncellas hay aquí?— dije yo, sin poner nombre á nadie— ¡tristes de ellas! Y con razón, porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres como locas furiosas, aprisionadas, y muy cerradas; que para esto no les vale la locura, aunque tal vez Amor ha dado dispensación; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen, sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. No eran estas las que hacían menos locuras; y aunque de razón habían de ser fáciles de curar, había tantas muy peligrosas. Estaba en aquel fuerte de la casa una llorando de una soltera; otra queriendo á un galán, sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, con tantos tuertos como renglones, y todo de mala letra, para que haya más ocasión de leerle más despacio, y volverle á leer con meditaciones. Otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendía, y como tocar á visperas, para que acudiesen todos á escuchar la afición. Otra le estaba diciendo al suyo, que era suya; pero que no pretendiese de ella, ni quisiese otra cosa; y él decía que lo haría, y así ella lo creía. Unas

querían casarse por amores, y otras, á hombres casados (estas estaban apartadas con las incurables). De estas, unas eran doncellas de casar; y otras, doncellas de servir. Otras tenían requiebros, que eran mujeres de escribanía; y así la mayor parte de ellas estaban escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo de la cruz, hasta el Dios os guarde, y sea de sus papeles, por quien él es; mayormente cuando despachan cartas de espadas para atravesar corazones y bolsas, para que los galanes respondan con cartas de oros y de copas de plata; y caso que tengan sus papeles gracias, serán de jubileo, que no se gana, sino satisfaciendo. Casi todas las locas de este cuarto estaban hablando de noche y de día sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y pedían celos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien entonces la enfermedad. Las que tenían más devoción eran las más pecadoras; y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacía de la mucha ociosidad y de tratar más con almas, que con almohadillas; y donde la hay, por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el Triunfo del amor:

Ei naque di otio è di lascivia umana.

Y antes que él, Séneca en su Octavia:

*Amor est: juvena gignitur, luxu, otio
Nutritur; inter læta fortune bona.*

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba más libranzas, que un banco ginovés, ó fúcar, con sólo el caudal de su sazonado dulce. Unas se hacían terceras de las de los bordones, y

otras tenían por bordón hacerse primas de todos; si bien toda esta música era de falsas; y así todo su trato venía á ser de cuerda, y no de cuerdos. Otras hacían lo que ellas llaman trabajo (yo colación más amarga y picante al pagarla, que dulce al comerla) para sus galanes; y me pareció era bien pensado dar colación á galanes ayunos. Unas deseaban que el visitador no las viese; y otras que las visitase el que no era visitador. Las menos locas se enamoraban del médico de la casa, á quien daban recetas y remedios para sus sordas faltriqueras, y bolsas opiladas; ó del cirujano, á quien también sangraban de la vena del arco, y no del cuerpo. Estas andaban tras la andadera, y la hacían andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban lugares prestados; y pagaban los pobres galanes. Algunas había, tan rematadas, que les pedían á los suyos doseles y cera, cosa con que se suele quitar el amor mejor, que con una ingratitud. Las más locas eran las que estaban asentadas en su estrado, presidiendo á la chusma emperrada y faldera, haciendo fiestas á unos perrillos lisonjeros, juguetones y halagüeños, más que sus amas, adornándoles de gargantillas, cascabeles y tafetanes, con más colores que banderas de campo, ó novia de aldea.

—Bueno fuera —dije yo— para estas llevar un saludador, para librarnos así de tanto perro, como de damas tan aperreadas ó aperreadoras.

Al fin, tantas enfermas había en este cuarto, que casi me dió compasión; y aun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas estas eran amantes de anillo, que sólo se mantenían de la esperanza (cosa que con el efecto muere al punto, el cual nunca les llegaba), era su mal incurable é insufrible. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre muchas de este cuarto; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redención de este cautiverio. Tampoco osé hablar

con ninguna, porque temí que luégo había de pensar estaba enamorado de ella.

Y así pasé al siguiente cuarto, que era de las casadas. Á muchas de éstas tenían atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas, que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros, que diesen. Estas no caían en la cuenta, hasta que se acababa el gasto; y otras fingían romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una vi, que sufría de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no le fuéese jamás á la mano (digo en nada á la mano); y otra que hacía sus mangas, con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos de los maridos con obras pías; que, como dijo un apasionado (Juvenal, Sátira 3): *Nemo magis gaudet vindicta, quam fœmina*. Y el pagarse adelantado era para ellas la mayor venganza, si bien todas sus venganzas son á traición, á espaldas de sus maridos. Cual estaba melancólica por la dilación de cierto efecto. Á una, muy amiga de su coche, pregunté que por qué le quería tanto, que nunca salía de él; y me respondió, que porque tenía cortinas, que se corrían:

—Pudieran muy bien —dije yo,— de que no se corre vuestro marido.

Y ella, corriendo, me dejó. Entre éstas no estaban las que tenían sus maridos con la propiedad de vocablo: idos al mar, y en Indias, ó andaban en comisiones, y que en lugar de volver con más presteza que un ciervo, vuelven á paso de buey, porque todas vivían al fuero de solteras; y como conjuradas, no eran tenidas por miembros de esta república.

El siguiente cuarto era de las reverendas viudas, locas de ciencia y experiencia. Estaban éstas con blancos pechos

de cisne, muy graves, esto es, posadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado; pero no tanto que encubriesen el frenesí, porque á una de ellas ví que juntamente lloraba por el marido, y reía con el amigo. Otra, muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas (para tener más desembarazados los oídos para oír y escuchar mejor cualquier casamiento), y sin monjil, discurrir por el cuarto, tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quien más larga traía la toca; y en algunas de éstas advertí que pudieran ahorrar de saya entera: y con tanta toca me pareció eran tocadas y retocadas, y más tocadas, que las demás. Parecían éstas, por defuera, cuaresma; pero, por dentro, pascua alegre y no florida, sino granada y para dar fruto, si ya no le habían dado. Ví que todas las viudas paseantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos en són de primos carnales en sexto grado, y con las cuentas en las manos: cuenta con los bienes ajenos y no con los que tienen en su casa, ni con los que tiene que dar á Dios. Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que también tienen cuaresma los carnales). Otras traían tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco moño ó copete, como antiguamente se decía. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponían color, como si tuviesen vergüenza, y algunas se querían casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran éstas, entre todas, las más insufribles; porque como había pocas mozas, y todas habían sido señoras de su casa, y lo eran, cada una quería mandar; y así tenía harto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante al cuarto de las solteras; ví que todas andaban más sueltas que las demás; y que de puro sueltas y resueltas habían dado en solteras. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, que me dijeron había cada día en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la casa de los locos del interés había muchas más de estas, que en la de los de amor; porque éstas no son las que dan el placer, sino las que le venden y hacen mecánico, y ellas se pasan á mercaderes y mequetrefes del deleite de Venus. Algunas ví allí, que se hallaran mucho mejor con el cuarto, si fuera real, y con el ducado de doce reales, que con el de mayor nobleza y pompa; y en resolución, éstas á todos los hombres quieren que sean del tribu de Dan, hidalgos en dar algo, y Platonos en hacerles de ordinario buenos platos. Otras ví que desnudaban al hombre más honrado (como bandoleros de poblado), por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo, y caudal para colete de ante, y daga mayor de marca, y ser á su sombra respetada y temida de todas y de todos; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Había locas de extremado humor, perdidas por un poeta, aunque pobre, y con más faltas, que una mujer preñada; y si éste era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada día al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; que tenían por gusto verse, en un romance, en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado, y dar con qué ganar á los ciegos. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores, me cansaron grandementé, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada día por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia (cuya sombra, con ser tan pequeña como lo es de una vara tan delgada, espanta mucho, causa grande inquietud y afrenta en la

honra, y menoscabo en la bolsa), ya desterradas y emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, daban en un convento contra toda voluntad, hechas esclavas ó fregonas de monasterio. Unas daban en comer barro por adelgazar; y adelgazaban tanto, que se quebraban. Andaban éstas más amarillas, que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se hacían herejes de ellos, sin jamás confesarlos, y se daban buenos días y aún mejores noches. Estas de puro viejas, por más que andaban sin tocas, frunciendo la boca y estirando el rostro para encubrir las quiebras (que llaman perigallos), parecían mochuelos, asaduras de rastro ó modelos de alabastro, difuntas embalsamadas, muerte del apetito, y carne hedionda de puro manida; y sólo de puro vellosas podían ser alabadas de bellas. Algunas ví, que con ser ya muy figuras, iban á un astrólogo, bachiller planetario, tendero de los planetas y espiador de los movimientos celestiales, para que les levantase una figura, y él levantaba más de dos testimonios. Otros iban á que les espíase y descubriese la vergüenza que perdieron años había; y él, hablando un poco en jerigonza astrológica, les respondía que tres cosas se cobraban tarde, mal y nunca; el dinero, tarde; la salud, mal, y la vergüenza, nunca. Otra ví que se levantaba á ella la figura; pero con crecer los chapines, porque eran mayores, que banqueta de zapatero. Cual por parecer bien daba en afeitarse; y era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar, y mostraba ser muy mentirosa, pues mentía, no sólo por la barba, sino por toda la cara; y como tan mala, daba á entender con los venenosos colores y afeites del solimán, que quería matar más con veneno, que con su hermosura. Estas, como tan pintadas, deben ser desconocidas de todos por la pinta. Cual se enrubiaba algunos días, y tal vez tanto, que le podía muy bien decir el epigrama de nuestro Baltasar Alcázar:

Tus cabellos estimados
por oro, contra razón,
bien se sabe, Inés, que son
de plata sobre dorados.

¡Qué de ellas se ponían cabelleras, ó moños, como ellas los llaman, encubridores de la ancianidad y de la calva, que siendo su cabeza española, tiene su origen francés! ¡Cuántas se ponían dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decían á todos lo que eran! Y en efecto, algunas había tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojaban de ellas, quedaran tan ridículas, como la corneja de Horacio. Muchas tenían, entre bruja y Celestina una madre vieja, que con tocas de viuda parecía tortuga en blancas tocas, y servía de especia de la vergüenza; y aunque nunca hubiese sido madre, mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre la llamaba y la hija escogía, y muy pocas de éstas guardaban la ley de amor, que ó las corrompía el interés, ó el vicio; y así eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacían locas por librarse. El amor de éstas era á lo gatesco, pues á todo dinero, decían mío.

Ella dice que es virgen, y no miente,
que el deleite de amor aún no ha probado;
y si remeda el gusto, no le siente;
que el interés, del gusto apoderado,
adormece del cuerpo las acciones,
y tiene al apetito encarcelado.

En este mismo cuarto estaban las que, no mereciendo el nombre de damas, tienen el de fregonas. Ninfas fregatrices y de gusto fregonil; y según algunos soplones de amor, iban éstas afeitadas sólo con el tizne de las ollas, pintadas al natural, en cuerpo, sin el manto soplonesco, sin el garbo y sin el trenzado garbín, desgrenaídas, con las madejas al descuido, ojos socarrones, calzados á lo bellaco, y la boca torcida á lo pícaro. Traía una un sayuelo pardo, señal de